

NOTA Y COMENTARIOS

Mapuche y anglicanos, vestigios fotográficos de la Misión Araucana de Kepe, 1892-1908. Compilación, presentación y notas por André Menard Poupin y Jorge Pávez Ojeda. Ocho Libros Editores, Colección de Documentos para la Historia Mapuche, Santiago de Chile, 2007.

Martha Bechis
IIGG - FSoc - UBA

Este primer libro de la Colección Documentos para la Historia Mapuche representa un gran esfuerzo publicitario tanto en el contenido como en su soporte total de papel fotográfico o térmico.

Consta de una presentación escrita por los compiladores, cuatro secciones de fotos, un anexo documental y tres artículos escritos por José Anchan, Rolf Foerster y Pablo Marimón respectivamente. Muestra unas 260 fotos y 18 páginas del anexo documental.

El pastor anglicano canadiense Charles A. Sadleir ha compilado esa colección de imágenes de la Misión Araucana de Kepe que él fundara y dirigiera entre los años 1896 y 1908.

Kepe o Quepe o Makewe-Pelal era un área de población unos pocos kilómetros al sur de Temuco entre los ríos Imperial y Toltén. Toda esta zona hasta el límite territorial chileno, incluyendo el lago Villarrica, fue ocupada el 1º de enero de 1883 por el ejército chileno. El último bastón mapuche soberano había caído.

Observemos que solo trece años después ya comienza la instalación de la Misión Araucana con su programa de educación y de industrialización como proyecto "civilizadorio". Este proyecto no era nuevo en el sur sudamericano pero su fracaso lo había signado hasta que la conquista territorial total trajo su éxito.

La presentación de treinta páginas escritas por los compiladores con el título "*Nombres, cuerpo y rostros mapuche, presentación al álbum fotográfico de la Misión Araucana de Kepe*" está precedida por la presentación de una fotografía de la "apariencia original" de la misión sobre un documento escrito en inglés, que aparentemente introduce el álbum fotográfico, en donde se lee "Mission to the Indians of Araucania, Chile, South America; the Agricultural and Industrial School on the River Quepe near Temuco. Inaugurated 1897, its original appearance."

Los autores de la presentación del libro repasan esta primera parte de la historia de la misión con su programa de estudios sobre los jóvenes mapuche internados en la escuela y la historia de la dedicación de Sadleir por equipar las mentes aborígenes de nuevos valores, nuevas formas de pensar, nuevos usos de ropa de vestir, nuevos juegos y entretenimientos.

Los autores sintetizan también las diferencias entre anglicanos y católicos en la filosofía del cambio hacia la civilización. Mientras que en los católicos la cultura araucana debía ser borrada casi por completo, los anglicanos admitían algunas

pautas nativas en las áreas periféricas del comportamiento como ser el juego de la chueca y algo más medular como la poligamia.

Dicen los autores que los mismos nativos llamaban a Sadleir "el cacique rubio" conjugando en ésto el acompañamiento que desplegaba Sadleir ante las peticiones o quejas de toda índole que los nativos presentaban ante las autoridades de la república.

En esta actitud de identificación con los indígenas los autores nos dicen que Sadleir se ganaba la fama de "loco", la misma que las autoridades nacionales endilgaron a Orllie-Antoine de Tourens autoproclamado Rey de la Araucanía y la Patagonia aunque, según sabemos, Tourens no era tan loco ya que, respaldado por Francia, fundó un reino sin territorio que aún existe reconocido por EE.UU. y Argentina.

Los autores recorren un interesante itinerario de discusiones sobre cómo calificar la cultura araucana versus la civilización blanca a la vez que muestran las diferencias internas de la cultura araucana entre los araucanos educados en el anglicanismo y los otros a los cuales los primeros trataban de "ignorantes". A su vez, la misma cultura civilizadora era vista como poseyendo un lado oscuro llamado "extravíos de la modernidad" o "el lado oscuro de la civilización".

A principios del siglo XX Sadleir, el antropólogo Tomás Guevara y Rodolfo Lenz se enlazan en recíprocas críticas sobre los medios y las formas de caratular tanto a los aborígenes como a la civilización.

Así los autores muestran las fábricas de las nuevas identificaciones: "crudos", "cocidos", "podridos" -al estilo de Lévi-Strauss- católicos, protestantes y laicos. Así la Araucanía retomaba sus raíces segmentarias, esta vez en la arena civilizadora.

La primera sección de fotos es comentada por José Ancán con el título de *"Misiones, máquinas y memorias. Algunos apuntes sobre el álbum fotográfico de la Misión Anglicana de Kepe"*.

Con cincuenta excelentes fotografías se muestra la construcción de los edificios de la misión y algunas áreas de trabajo. También aparecen fotos de niños vestidos "a la occidental" aunque el poncho se conserva predominantemente.

Aparecen también fotos de Sadleir y personajes mapuche como Remigio Aburto, Ambrosio Paillalef y Aburto Namancurá, los Asenjo y muchos otros caciques. En una de las fotos vemos a Sadleir y Ambrosio Paillalef en 1900 "traduciendo las escrituras (sagradas)" textos que se imprimían en la misión.

El autor se basa en la memoria oral de la gente del antiguo territorio mapuche de Wilio, situado un tanto al oeste de Kepe entre los ríos Imperial y Toltén.

El artículo comienza repasando la historia de un acontecimiento que prologó tanto la aceptación del poder militar del estado chileno como la integración religiosa de los indígenas a las iglesias civilizatorias.

Ese acontecimiento comenzó con el proyecto de ataque en noviembre de 1881 contra el fortín Temuco propiciado por los caciques pehuenches del Puel Mapu (oriente cordillerano) y aceptado por los boroganos (al oeste de Wilio) al mando de Neculman. Se alzaron en armas los caciques desde Imperial hasta la costa de ambos lados del río Cautín con excepción de Painemilla y Paillalef que no fueron avisados porque se conocía su alineamiento con los blancos, según nos dice Coña en su libro "Testimonio de un cacique mapuche".

Neculman fue derrotado y su primo Paineofilu, aliado a los patriotas, negoció su entrega por la cual el vencido aceptó, entre otras cosas, que se instalara en sus tierras una misión capuchina en 1884.

El autor continúa brevemente con la comparación entre los anglicanos y los católicos y luego se dirige a evaluar el álbum fotográfico de la misión anglicana de Kepe al que le da el valor novedoso en aspectos que la tradición oral no toca. Por ello dice: "Éstas, qué duda cabe, son fotos antiguas, pero, a la vez, son "nuevas". Observa que todos los indígenas fotografiados visten y actúan en forma distinta a la estereotipia de "indígenas" lo que le lleva a concluir que, "mecánicamente podríamos llegar a pensar que éstos, lisa y llanamente, ya no lo son". Esta idea de etnocidio recorre todo el álbum.

Pero también el autor, con toda claridad, señala algo que parece paradójico: "lo que podríamos llamar las relaciones públicas" aludiendo con ello a la vigencia de los liderazgos tradicionales con los que se contactaba la misión en las personas de Paineofilu y Paillalef, loncos que fueron aliados de los militares chilenos como se cuenta en el desarrollo del levantamiento de Neculman con que el autor inicia el capítulo.

En todo esto el autor ve el sello del intendente Sadleir quien tuvo una posición no muy ortodoxa con la iglesia anglicana misma en cuanto a la conservación de la lengua y algunas costumbres nativas y, según dice el autor, se comprometió "hasta en las reivindicaciones organizacionales del movimiento mapuche de su época", principalmente sobre la división de las reducciones. Sobre este último tema, el autor anota que el lonco Manquilef, educado y evangelizado en la Misión de Kepe llegó a ser diputado de la república y autor de la primera Ley de División de las Reducciones Mapuche por lo que no fue muy popular entre las organizaciones mapuche de la época y tampoco del agrado de Sadleir por que éste apoyaba "relaciones públicas" estilo nativo.

La segunda sección de fotos también muestra construcciones e interiores como dormitorios y salones de clase así como juegos de muchachos, vistas del terreno de la misión, Painevilu con algunos de sus hijos, nuevos ayudantes, misioneros, instructores de carpintería, familiares de los caciques importantes, profesores, máquinas del aserradero y ampliaciones de edificios.

A esta segunda sección de fotos le sigue el capítulo escrito por Rolf Foerster "¿Ulmen longko o cacique malonero? Contraimaginarios de Manuel Olascoaga y Ambrosio Payllalef".

Creemos entender que el imaginario analizado está relacionado con las formas de mostrar, manejar y confirmar la propuesta de integración de los aborígenes libres a los estados nacionales. El autor ha elegido dos de los posibles puntos de

vista opuestos o contraimaginarios: uno en la historia de un cacique como Payllalef, sobrino de Sayhueque, y otro en la obra pictórica del Parlamento de Hipingo de Manuel Olascoaga realizada en Chile en 1870.

No se entiende muy bien por qué el autor del artículo encuentra ese segundo contraimaginario en la obra de Olascoaga y no en Saavedra quien fue el actor principal desde el lado de los chilenos blancos. ¿Es el cuadro de Olascoaga una construcción por el autor del cuadro o por el actor central del hecho? ¿Qué significó estar sentado en una silla y a la sombra de un árbol?

Así y todo, no olvidemos que el parlamento de Hipingo ocurrió en 1870 cuando se comenzó a pensar en la definitiva incorporación de la Araucanía al territorio chileno dado (entre otras cosas) el antecedente de la primera aparición de Orllie-Antoine quien en noviembre de 1860 había fundado un reino constitucional que ocupaba el territorio arribano en Chile y la Patagonia y que llegó a la Araucanía por segunda vez en 1870, aunque esta vez apoyado por el barco de guerra francés D'Entrecasteaux que estaba anclado unas pocas millas frente a la ciudad de Valdivia.

Y más aún con el antecedente de 1865 cuando España atacó Chile en una guerra que duró dos años.

¿Cuál, entonces, es el Leviatán que está sentado en la silla? El de Orllie o el de la insistente España o el leviatán chileno? Además tendríamos que preguntarnos por qué los indígenas arribanos clamaban en ese entonces "el rey debe volver" ¿Cuál era el imaginario de los indígenas que defendieron al rey de España en la Guerra a Muerte de 1818-1823?

Tal vez era que el leviatán chileno no les garantizaba el reconocimiento de la propiedad de sus tierras mientras que el español, en 1641 en Quillín, reconoció el territorio al sur del Bio-Bio como "territorio araucano" y Orllie también lo hizo mientras pensaba en poner "el exceso de población de Francia (la que en ese momento sólo tenía la colonia de Argelia) y el desplazamiento de masas de desheredados, proletarios de ideas comunistas, comuneros y comunalistas sociales" en su reino patagónico.

El autor enfrenta "esta imagen de subordinación" representada en el cuadro de Olascoaga a una de las fotografías de Sadlier sobre un parlamento realizado en 1906 donde participaron cuatro loncos con sus respectivos seguidores. Unos doscientos individuos a caballo formaron un círculo, "sin centro". Nos llama la atención esta comparación entre una junta efectuada en 1870 con la presencia mediata e inmediata de dos leviatanes en oposición -Chile y Francia- y dos áreas indígenas, también en oposición, como lo fueron en ese momento, los cortinos-abajinos y los arribanos y otra junta local de indígenas ya integrados al leviatán chileno desde hacía 23 años y a la Misión Araucana de Kepe hacía diez años. ¿En qué consistía la "democracia radical" de la segunda imagen? ¿Cuál o cuáles fueron los temas discutidos?

Luego el autor pasa "al segundo lugar común" o segundo contraimaginario relacionado con la frecuencia e intensidad de los robos de ganado en Argentina por parte de los indígenas con el fin de llevarlos a Chile. Aquí, otra vez enfrenta a Olascoaga en 1864 (antes de irse a Chile) y otros escritores nacionales y

extranjeros con las fotos de Sadlier (post conquista) y cartas de Paillalef de 1897 por transporte de animales y de 1877 cuando todavía tanto Paillalef como Sayhueque estaban en paz con sus respectivos gobiernos.

Como dice el autor, Sayhueque y Paillalef pensaban, actuaban y “representaron la modalidad de ‘integración’ a los estados nacionales identificándose como ‘criollos’ sin descartar su origen indígena”. Nuestro parecer es que lo que no entendieron fue el concepto político de “territorio nacional” por el cual el estado-nación *concede* –por premios, regalos, lealtades, administración burocrática etc...- la pertenencia de tierras a los habitantes del espacio que comprende el estado como la única entidad legal.

Por otro lado, y retomando el tema de cuánto ganado robaban en Argentina y mandaban a Chile, los mapuche maloneros o los que estaban en conflicto con el avance de los ganaderos blancos en Argentina sería importante recordar que, sin hacer números, mucho de ese ganado era “comprado” a los indios por los ganaderos chilenos blanqueando así su origen.

Por algo el representante diputado Puelma de San Carlos de la provincia de Maule, en agosto de 1870 en el Congreso Chileno cuestionó a los estancieros chilenos diciendo: “En cuanto al comercio, vemos que el de los animales, que es el que más se hace con los araucanos, proviene de animales robados en la República Argentina... y nosotros, sabiendo que son robados, los compramos sin escrúpulo alguno y luego decimos que los ladrones son sólo los indios. ¿Nosotros qué seremos?”

¿Quiénes eran los indígenas que les vendían el ganado robado a los estancieros chilenos, quienes eran estos estancieros y qué relación había entre todo esto y la oposición a que el Leviatán chileno ocupara toda la Araucanía?

La tercera sección expone cuarenta y una fotos. La primera fotografía que pertenece al álbum de Sadlier, pero que no fue de su autoría, fue expuesta para “generar un efecto de contraste entre los mapuche ‘en bruto’ (como está escrito en una de las imágenes, ‘raw material’) y los que se mueven en torno a la Misión”.

Consiste en tres jóvenes mapuche femeninos con sus ropas, alhajas, tocados y un instrumento musical. Fue tomado por un canadiense en 1886. Su título: “Juventud india. Material en bruto. En sus trajes y condición nativos”. En las restantes encontramos personajes mapuche muy destacados como Bernardo Namuncurá y sus hijos, Pedro Paimivilu, Domingo Paimivilu, Ambrosio Payllalef y Jerónimo Melillan fotografiados ya individualmente o como oradores principales presidiendo una junta o parlamento en la misión. También se muestran figuras femeninas, muchas de ellas hijas de los principales personajes. Todos ataviados con vestidura “a la occidental y cristiana”.

A la tercera sección de fotos le sigue un capítulo escrito por Pablo Marimán: “*La Misión de Kepe, conquista y evangelización*”.

En su primer párrafo, el autor anuncia y denuncia el punto que él considera como el más crítico en el proceso “civilizatorio” al que se expuso la sociedad mapuche una vez dominada militarmente: “lo peor que podría sucederle a una familia

mapuche era no poder criar a sus hijos y someter a éstos a una disciplina institucional que por más atención que ponga sobre el sujeto y la diferencia cultural que porta, lo terminan desarraigando, trasplantando y cortándole su cotidianeidad, precisamente el tiempo que necesita la cultura para echar raíces... especialmente las del tipo anglicano”.

Luego señala tres puntos comunes en todos los procesos colonizadores americanos: el primero sería el de hacerlos pasar de sociedades segmentales a sociedades estatales. El segundo, pasar de la independencia hasta finales del siglo XIX a una dependencia total y el tercero su reclusión en reservas o reducciones y su conversión a “una religión de aspiración universal” como lo es la cristiana ya en su versión católica ya en la versión protestante.

También anota los cambios de las relaciones entre los pueblos cercanos tradicionalmente amigos o enemigos al ir imponiéndose “regiones” organizadas alrededor de nuevos pueblos fundados por los chilenos así como las consecuencias para la región por las tala de sus bosques.

De paso y muy rápidamente , señala que las misiones se instalaron en tierras de los caciques principales que aceptaron la conquista chilena “antes que se consumara”. Entre esos loncos señala a Ambrosio Paillalef y Domingo Paineñilú quien, para defenderse de un malón programado contra su pueblo pidió al presidente chileno “cuatro carabinas para defenderme”.

Otro aspecto de la endoculturación programada por los chilenos alcanza la crítica del autor: en el terreno educativo de las misiones se los quería dotar de elementos que los hicieran competitivos y autosuficientes en la industrialización al servicio de la producción, “de la cultura (conocimientos, valores, agentes propios) su hablar”. Para ello la misión de Kepe tenía sus símbolos: el aserradero, la agricultura del trigo, huertos, quintas de árboles frutales no nativos, apicultura, salones para enseñar costura... muchas cosas menos actividad ganadera la que, según el autor, se desechaba previendo “la estrechez de tierras que el estado iba dejando en poder de los mapuche”.

Una conclusión a la que llega el autor es la de que la misión anglicana esperaba formar sujetos capaces de llevar a cabo actividades productivas y dirigenciales a gran escala lo que contrastaba con el modelo nacional chileno de la época y más aun con el modelo argentino de ruptura del núcleo familiar al mandar a los hombres casi como esclavos a los cañaverales de Tucumán mientras retenía a las mujeres y los niños en el servicio doméstico de las grandes familias.

Sus conclusiones, más expresivas que analíticas, son que esa misión fue evidentemente determinante para la vida mapuche, pero no más que la evolución cultural preñada de normas suficientemente fuertes como para, por un lado, resistir algunos cambios impuestos y, por el otro, desarrollar los que estaban implícitos en su cultura pre-misional.

Hay una cuarta sección de fotos del álbum de Sadleir. Niños varones y mujeres en las escuelas, edificios, algunas fotos del superintendente Sadleir, graneros, puentes para pasar ríos pequeños, visitantes de la misión y conferencistas así como un subcapítulo dedicado al epistolario de Charles A. Sadleir y unas catorce páginas de la primera publicación del periódico La Aurora Araucana: N° 1, enero

de 1913, la que contiene, por ejemplo, un mensaje del cacique Ambrosio Payllalef escrito en araucano el que es traducido en las dos últimas páginas del capítulo.

El libro es muy interesante en muchos aspectos. Llama a la controversia, a la duda, al conocimiento y, sobre todo, al enfoque histórico que no debemos perder los que nos ocupamos del pasado y los que se ocupan del presente.